Homilías sobre el Evangelio de San Mateo
San Juan Crisóstomo

Link al Pdf de las Homilías completas sobre el Evangelio de San Mateo:
https://ia800305.us.archive.org/17/items/CRISOSTOMOHomiliasSobreElEvangelioDeSanMateo/CRIS%C3%93STOMO%20Homil%C3%ADas%20sobre%20el%20Evangelio%20de%20San%20Mateo.pdf

H O M I L I A número 7 8



Entonces el reino de los cielos se asemejará a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco necias, las cuales no tomaron consigo aceite. Las prudentes, sin embargo, tomaron aceite en sus vasos juntamente con sus lámparas. Como tardara, pues, el esposo, etc.
(Mt 25,14 y sig.).

LA VIRGINIDAD ES VANA SIN LA LIMOSNA
Esta parábola de las vírgenes y la siguiente de los talentos se asemejan a a anterior del criado fiel y del otro ingrato y consumidor de los bienes de su

señor. En conjunto son cuatro las comparaciones que, en términos diferentes, nos dirigen la misma recomendación, es decir, el fervor con que hemos de dar limosna y ayudar al prójimo en todo cuanto podamos, como quiera que de otro modo no es posible salvarse.

Pero en la parábola de los criados se habla, de modo más general, de todo género de ayuda que hemos de prestar a nuestro prójimo; en esta de las vírgenes nos encarece el Señor particularmente la limosna, y de modo más enérgico que en la parábola pasada.

Porque en ésa castiga al mal siervo aquel que golpea a sus compañeros y se emborracha y dilapida los bienes de su señor; en esta otra, al que no aprovecha ni da generosamente de lo suyo a los necesitados.

Porque las vírgenes necias llevaban, sin duda, aceite; pero no abundante, y por eso son castigadas. Mas ¿por qué motivo nos presenta el Señor esta parábola en la persona de unas vírgenes y no supuso otra cualquiera?

Grandes excelencias había dicho sobre la virginidad: Hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos. Y: El que pueda comprender, que comprenda (Mt 19,11-12).

Por otra parte, sabe el Señor que la mayoría de los hombres tienen una alta idea sobre la misma virginidad. Y en verdad, cosa es por naturaleza grande, como se ve claro por el hecho de que en el Antiguo Testamento no fue practicada por aquellos santos y grandes varones y en el Nuevo no llegó a imponerse por necesidad de ley.

En efecto, no la mandó el Señor, sino que dejó a la libre voluntad de sus oyentes practicarla o no. De ahí que diga también Pablo: Acerca de las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor (1 Cor 7,25). Alabo ciertamente a quien la guarde, pero no obligo al que no quiera ni hago de ella un mandato. Ahora bien, puesto que tan grande cosa es la virginidad y de tanta gloria goza entre los hombres, para que nadie al practicarla se imaginara haberlo ya hecho todo y anduviera tibio y descuidado en las demás virtudes, pone el Señor esta parábola, que basta para persuadirnos que la virginidad, y aun todos los otros bienes, sin el bien de la limosna, es arrojada entre los fornicadores, y entre éstos pone el Señor al hombre cruel y sin misericordia.

Y ello con mucha razón, pues el uno se dejó vencer del amor de la carne, y el otro del amor del dinero. Y no es igual el amor de la carne que el

dinero. El de la carne es más ardiente y más tiránico. De ahí que cuanto el adversario es más débil, menos perdón merecen los derrotados.

De ahí también que llame el Señor necias a aquellas vírgenes, pues, habiendo pasado el trabajo mayor, lo perdieron todo por el menor.

Por lo demás, lámparas llama aquí al carisma mismo de la virginidad, a la pureza de la castidad, y aceite, a la misericordia, a la limosna, a la ayuda de los necesitados.

EL ESPOSO TARDA

Como tardara, pues, el esposo, dormitaron todas y se durmieron. Aquí da nuevamente a entender el Señor que no había de ser breve el tiempo intermedio, disuadiendo así a sus discípulos a que no esperaran la inmediata aparición del reino de Dios. En realidad, eso es lo que ellos esperaban, por lo que constantemente está el Señor quitándoles tal esperanza.

Después de eso pone de manifiesto que la muerte es un sueño. Porque se durmieron—dice —. Pero hacia la media noche se oyó un grito... Aquí, o es que el Señor quería seguir el hilo de la parábola, o nuevamente nos significa que la resurrección había de ser durante la noche. Del grito también hace mención Pablo cuando dice: A una voz de mando, a la voz del arcángel, con la última trompeta, bajará del cielo (1 Tesal. 4,16). — ¿Y qué significan las trompetas? ¿Y qué dice el grito? —¡El esposo viene!

DESPUÉS DE LA MUERTE, TODA SÚPLICA ES INÚTIL

Ya, pues, que las vírgenes apercibieron sus lámparas, las necias les dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite. De nuevo las llama el Señor necias, con lo que nos da a entender que no hay fatuidad mayor que la de quienes se dedican a hacer dinero en la tierra y se van desnudos al otro mundo, donde más necesidad tendremos de caridad y misericordia. Y no son sólo por eso necias,
sino porque se imaginaron que de allí iban a recibir aceite, y lo buscaron fuera de tiempo. Realmente, nadie más compasivo que las vírgenes prudentes, como que ello era su más señalada gloria.

Por otra parte, tampoco las necias les piden todo su aceite: Dadnos —les dicen— de vuestro aceite. Y les manifiestan juntamente su necesidad: Porque se nos apagan las lámparas. Y ni aun así consiguieron nada. Ni la compasión de las rogadas, ni lo fácil del ruego que se les hacía, ni el apremio de la necesidad fueron parte para que aquellas pobres necias lograran un poco de aceite.

¿Qué lección sacamos de ahí? Que en el otro mundo, a quienes sus propias obras falten, nadie los podrá socorrer, no porque no quiera, sino por ser imposible. Las vírgenes necias, en verdad, se refugian en lo imposible. Esto puso también de manifiesto el bienaventurado Abrahán cuando dijo: Un gran abismo se abre entre vosotros y nosotros, de modo que ni aun los que quieren, pueden atravesarlo (Lc 16,26). Marchad más bien a los que venden y compradlo ¿Y quiénes son los que lo venden? Los pobres. ¿Y dónde están éstos? En la tierra, y en la tierra había que buscar el aceite, y no en aquel momento.

"NO OS CONOZCO"

Mirad cómo con los pobres podemos hacer nuestro negocio. Si los quitáramos del mundo, habríamos suprimido una grande esperanza de salvación. Por eso, aquí, cuando el tiempo nos invita a ello, aquí es donde debemos recoger el aceite, para que allí nos aproveche. No aquél, sino éste, es el tiempo de la recolección. No consumáis, pues, vanamente vuestros bienes en placeres y ostentación, pues mucha necesidad tendréis allí de aceite.

Oyendo las necias aquello, se fueron a comprar, pero no compraron nada. Esto lo pone el Señor, o por seguir la parábola y terminar su trama, o para darnos a entender que, aun cuando después de la muerte nos volvamos misericordiosos, de nada nos aprovechará ya esa misericordia para escapar al castigo.

Consiguientemente, tampoco a las vírgenes necias les valió para nada su tardío fervor, pues aquí y no allí tenían que haber acudido a los vendedores.

Como de nada tampoco le valió al otro rico haberse vuelto tan compasivo, que se preocupaba en el infierno por sus familiares. Porque el que había pasado de largo sin mirar al pobre Lázaro tendido junto a su puerta, ése es el que ahora tiene tanta prisa por librar a sus hermanos del infierno, a quienes ya ni veía, y suplica se les mande alguno que les anuncie lo que allí pasaba. Sin embargo, ni el rico ni las vírgenes consiguieron nada.

Porque, apenas oída la respuesta, se marcharon, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron, y las otras se quedaron fuera. Después de tantos trabajos, después de tantos sudores, después de aquella insoportable lucha y de los trofeos levantados contra la naturaleza rabiosa, las vírgenes necias hubieron de retirarse avergonzadas, con sus lámparas apagadas y la cabeza baja.

Nada hay, en efecto, más lúgubre que la virginidad si no va acompañada de la limosna. Así, la gente suele llamar amargados a los que no tienen misericordia. ¿Dónde está, pues, el orgullo de la virginidad, si no vieron al esposo ni, llamando a la puerta, lograron se les abriera, sino que oyeron la terrible palabra: ***Iros, no os conozco?***

Ahora bien, cuando el Señor dice eso, ya no queda otra cosa que el infierno y el suplicio insoportable, o, más bien, esa palabra misma es más dura que el mismo infierno. Es la palabra que había dicho a los obradores de iniquidad.

Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora. Mirad cómo pone constantemente el mismo epílogo, dándonos a entender qué provechosa nos es la ignorancia de nuestra salida del mundo.

¿Dónde están, pues, ahora esos que se pasan la vida entera en la tibieza y, cuando nosotros les reprendemos, nos replican: En la hora de mi muerte dejaré para los pobres? Escuchen esas palabras del Señor y corríjanse. En verdad, muchos se vieron burlados en aquel momento, arrebatados que fueron repentinamente, sin dárseles tiempo a mirar por los mismos que hubieran querido.

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Así, pues, la parábola de las vírgenes necias se aplica a la limosna que se da en dinero; la que sigue, la de los talentos, se dirige a quienes no quieren aprovechar al prójimo ni con su dinero, ni con su palabra, ni con el gobierno, ni de ninguna otra manera, sino que lo esconden todo. —Mas ¿por qué esta parábola introduce a un rey, y la otra a un esposo? —Por que entendamos qué familiarmente se trata Cristo a las vírgenes que se desprenden de lo que tienen. Porque en eso está la verdadera virginidad. De ahí que Pablo ponga eso por definición de la propia virginidad: La virgen está solícita de lo que atañe al Señor —dice— y de lo decente y de mantenerse junto al Señor inseparablemente (1 Cor 7,34-35). A esto os exhortamos —dice—. Por lo demás, si la parábola de los talentos adopta otra forma en Lucas (Lc 19,11 y sig.), hay que decir que una es ésta y otra aquélla.

En efecto, en aquélla un mismo capital produce diferentes réditos, pues de una sola mina, uno granjeó diez y otro cinco. De ahí que tampoco los premios fueran los mismos. No así en la de los talentos, en que la corona es la misma. Aquí, el que recibió dos, logró otros dos, y el que cinco, otros cinco. Allí, con el mismo caudal, uno logró más, otro menos ganancias. Lógicamente, pues, tenían que ser distintas las recompensas.

Mas notad cómo nunca reclama el Señor inmediatamente. Así, en la parábola de la viña, la arrendó a los labradores y se fue de viaje; y aquí, les entregó el dinero a sus criados y se marchó también de viaje. Buena prueba de su inmensa longanimidad.

Y, a mi parecer, en esta parábola de los talentos se refiere el Señor a su resurrección. Aquí ya no hay labradores y viña, sino que son todos trabajadores. Porque no habla ya sólo con los gobernantes y dirigentes, ni con solos los judíos, sino con todos los hombres sin excepción.

Y los que le presentan sus ganancias confiesan agradecidamente lo que es obra suya y lo que es don del Señor. El uno dice: Señor, cinco talentos me diste. Y el otro: Dos talentos me diste. Con lo que reconocen que de Él recibieron la base para el negocio, y se lo agradecen sinceramente y, en definitiva, todo se lo atribuyen a él.

¿Qué responde a ello el Señor? Enhorabuena, siervo bueno y fiel ***(la bondad está en mirar por el prójimo)***; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor. Palabra con que el Señor da a entender la bienaventuranza toda.

No habla así el siervo perezoso. Pues ¿qué dice? Yo sabía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y, por miedo a ti, escondí tu talento. Aquí tienes lo que es tuyo. ¿Qué le contesta el Señor? Siervo malo, tenías que haber puesto mi dinero en el banco, es decir, tenias que haber hablado, exhortado, aconsejado. —Es que no me hacen caso. —Eso no te toca a ti. ¿Puede darse mansedumbre más grande?

CASTIGO DEL SIERVO MALO Y PEREZOSO

Realmente, no lo hacen así los hombres. Entre los hombres, el mismo que toma el préstamo es responsable del interés. No así Dios. Tú tenías —dice— que depositar el dinero y dejar a mi cargo la reclamación: Y yo lo hubiera reclamado con interés. Interés llama aquí a las obras, fruto de la predicación. Tú tenías que haber hecho lo más fácil y dejar para mí lo más difícil. Mas como no lo hizo: Quitadle —dice— el talento y dádselo al que tiene diez. Porque a todo el que tiene, se le dará y abundará; mas, al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará, ¿qué quiere decir esto?

El que ha recibido gracia de palabra y de doctrina y no hace uso de ella, perderá esa gracia; mas el que la emplea fervorosamente, se ganará mayor dádiva, como el otro pierde lo que recibiera. Mas no es ése el único daño del mal trabajador. Luego viene el castigo insoportable y,

con el castigo, la sentencia, llena de mucha acusación. Porque, al siervo inútil: atrojadle —dice— a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y crujir de dientes.

Ya veis cómo no sólo el que roba y defrauda ni sólo el que obra mal, sino también el que no hace el bien, es castigado con el último suplicio.

Escuchemos, pues, esas palabras. Mientras es tiempo, trabajemos por nuestra salvación, tomemos aceite para nuestras lámparas, negociemos con nuestro talento. Porque si somos perezosos y nos pasamos la vida sin hacer nada, nadie nos tendrá allí ya compasión, por mucho que juremos.

También el que entró en el banquete de bodas con ropa sucia se condenó a sí mismo; pero de nada le aprovechó. El que recibió un solo talento, devolvió la cantidad que se le había entregado, y aun así fue condenado.

Suplicaron las virtudes, se acercaron y llamaron a la puerta, pero fue todo en balde.

Sabiendo como sabemos todo esto, pongamos a contribución, para aprovechamiento de nuestro prójimo, dinero, fervor, dirección, todo, en fin, cuanto tenemos. Porque talento vale aquí tanto como la facultad misma que cada uno tiene, ya en gobierno, riqueza, doctrina, o cualquier otra cosa semejante.

Que nadie, pues, diga: "Yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada". No. Con un solo talento puedes también ser glorioso.

Porque no serás más pobre que la viuda de los dos cornados, ni más rudo que Pedro y Juan, que eran ignorantes y no conocían las letras. Y, sin embargo, por haber dado muestras de su fervor y por haberlo hecho todo en interés común, alcanzaron el cielo.

NADA AMA DIOS TANTO COMO LA CARIDAD PARA CON NUESTRO PRÓJIMO.

Porque nada es tan grato a Dios como que vivamos en interés de todos. Si Él nos dio palabra, y manos, y pies, y fuerza corporal, y razón, y prudencia, es porque quiere que de todo nos valgamos para nuestra propia salvación y para el aprovechamiento de nuestro prójimo.

Así, la palabra no sólo nos sirve para entonarle a Él himnos y acciones de gracias, sino también para enseñar y exhortar a nuestros hermanos. Y si para esto la empleamos, imitamos al Señor; si para lo contrario, al diablo.

Así Pedro, cuando confesó a Cristo, fue proclamado bienaventurado, como quien había hablado lo que el Padre le inspirara; mas cuando rechazó la cruz y se opuso a que el Señor la sufriera, fue fuertemente reprendido, como quien tenía los sentimientos del diablo. Ahora bien, si hablar así por ignorancia fue tan grande culpa, ¿qué perdón tendremos cuando tantas veces pecamos voluntariamente?

HABLEMOS COMO HABLABA CRISTO

Hablemos, pues, tales cosas, que por ahí se vea patente que nuestras palabras son de Cristo. Porque no sólo cuando digo: Levántate y anda (Mt 9,15), o: Tabita, levántate (Hechos 9,40), entonces digo palabras de Cristo; sino, más bien, cuando bendigo al que me maldice y ruego por el que me calumnia. Poco antes os decía yo que nuestra lengua es la mano que toca los pies de Dios; mas ahora os digo más, y es que nuestra lengua es lengua de Dios, que imita la lengua de Cristo, con tal de que practiquemos la perfección debida y hablemos lo que Él quiere que hablemos.

¿Qué es, pues, lo que Cristo quiere que hablemos? Palabras llenas de modestia y mansedumbre, como las que Él mismo dijo a quienes le injuriaban: Yo no estoy endemoniado (Juan 49). Y en otra ocasión: Si he hablado mal, demuestra en qué he hablado mal (Juan 18,23). Y al discípulo traidor: Amigo, ¿a qué has venido?

Si así hablares tú también, si hablares para corrección de tu prójimo, posees una lengua semejante a la suya. Y esto lo dice Dios mismo: El que separare algo precioso de algo indigno, será como mi boca (Jer 15,19). Ahora bien, si tu lengua es como la lengua de Cristo, y tu boca como la boca del Padre, y tu alma es templo del Espíritu Santo, ¿qué honor puede haber comparable a ése? Ni aun cuando tu lengua se compusiera de oro y de piedras preciosas, brillaría con tanto esplendor como ahora, abrillantada que está con el adorno de la modestia. ¿Qué cosa puede haber más apetecible que una boca que no sabe maldecir, sino que piensa sólo en bendecir y hablar bien?

Mas si no te resignas a bendecir a tu enemigo, por lo menos cállate. Haz por lo menos ese acto de virtud y, adelantando en el camino y

esforzándote como debes, llegarás también a lo otro y lograrás tener una boca tal como la hemos descrito.

LA LENGUA QUE TOCA LA CARNE DEL SEÑOR

Y no penséis ser atrevimiento lo que os digo. El Señor es misericordioso, y eso es, al cabo, dádiva de su bondad.

El atrevimiento está en tener una boca semejante al diablo, una lengua pareja a la del perverso demonio, sobre todo cuando ella participa de tales misterios y toca la carne misma del Señor.

Considerando, pues, todo esto, hazte, según tus fuerzas, semejante a Cristo, y, cuando tal te hubieres hecho, el diablo no podrá ya ni mirarte cara a cara. Reconoce él muy bien el sello imperial; ***sabe muy bien cuáles son las armas de Cristo por las que fue vencido. — ¿Qué armas son ésas? —La modestia y la mansedumbre.***

Y es así que, cuando le atacó en el monte y Él le derribó y dejó tendido, no se le manifestó como Cristo. No. Con palabras sencillamente le cogió en la red, con modestia le derrotó, con mansedumbre le puso en fuga.

Haz tú también eso mismo. Cuando vieres que te ataca un hombre hecho un demonio, véncelo tú también así.

Cristo te ha dado poder de ser como Él según tus fuerzas. No te espantes de oír esto. El espanto es no ser como Él.

Habla, pues, como Él, y en esto por lo menos en cuanto cabe en un hombre, te has hecho como Él. Por eso más es el que así habla que el que profetiza. La profecía es pura gracia; hablar como Cristo es gracia y a la vez trabajo y esfuerzo nuestro. Enseña a tu alma a conformar tu boca a la boca de Cristo, pues ella puede hacerlo con sólo que quiera. Ella sabe ese arte, como no sea tibia. —Y ¿cómo se forma —me dices— una boca así? ¿Con qué colores y con qué materia? —No hace falta colores ni materia alguna. Basta con la virtud, con la modestia y la humildad.

Pues veamos también cómo se forma la boca del diablo a fin de que jamás tengamos tal lengua.

— ¿Cómo se forma, pues? —Por las maldiciones, por las injurias, por los perjurios, por la envidia. Porque cuando uno habla las cosas del diablo, toma la boca del diablo. ¿Qué perdón, pues, tendremos, o, por mejor decir,

qué castigo no sufriremos, si consentimos que hable las cosas del diablo una lengua a la que le ha sido concedido gustar de la carne del Señor?

No, no se lo consintamos; pongamos más bien todo empeño para enseñarle a imitar a su Señor. Si eso le enseñamos, ¡cuánta confianza no tendremos para presentarnos ante el tribunal de Cristo mismo! Porque si uno no sabe hablar así, tampoco le escuchará el juez. Cuando el juez es romano, no escucha al que se defiende en otra lengua que la romana.

Así Cristo, si no le hablas a su modo, ni te escuchará ni te prestará atención. Aprendamos, pues, a hablar como suele oír nuestro rey; esforcémonos por imitar su lengua.

IMITEMOS EN TODO A CRISTO

Si lloras, mira que la tiranía de la tristeza no desvíe tu lengua; habla como Cristo habló en el llanto. Porque también Él lloró a Lázaro y a Judas. Si tienes miedo, procura también hablar como Cristo habló en el miedo. Porque también Él tuvo miedo por ti conforme a la razón de su dispensación. Di tú también: No como yo quiero, sino como tú. Si te rodean asechanzas y tristeza, pórtate en ellas como Cristo. Porque también Él sufrió insidias y estuvo triste y dijo: Triste sobremanera está mi alma hasta la muerte (Mt 26,39.38).

En todo te ha dado ejemplo, a fin de que sigas sus pisadas y no quebrantes las normas que te ha dado. De este modo tendrás una boca semejante a la boca de Cristo; de este modo, aun caminando por la tierra, nos mostrarás una lengua semejante a la del que está sentado en el cielo, guardando su moderación en la tristeza, en la ira, en el llanto, en la angustia.

¡Cuántos de nosotros no deseamos ver la figura de Cristo! Pues mirad que, con sólo que seamos fervorosos, podemos no sólo verle, sino ser como Él. No lo aplacemos, pues, un momento más. Más aprecia Él las bocas de los humildes y mansos que las de los profetas. Porque: Muchos —dice— me dirán: ¿No hemos profetizado en tu nombre? Y yo les contestaré: No os conozco (Mt 7,22-23).

La boca, sin embargo, de Moisés, por ser él tan modesto y manso porque Moisés —dice la Escritura— era el hombre más manso de todos los hombres sobre la tierra, de tal modo era por Dios apreciado y amado, que con él hablaba como nos cuenta la Escritura, cara a cara y boca a boca, como un amigo habla con su amigo (Num 12,3).

No mandas tú ahora sobre los demonios; pero si tienes boca semejante a la de Cristo, entonces mandarás sobre el fuego del infierno. Mandarás sobre el abismo del fuego y le dirás: Calla y enmudece (Mc 4,39), y tú entrarás con gran confianza en el cielo y gozarás del reino.

El cual ojalá todos alcancemos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.